

¡Pídelo a la Virgen
que eso no sucea!
Porque si se muere
a causa e la pena,
no esperes entonces
que naa me detenga.
¿Hay alguien que diga
que el infierno no existi en la Tierra?
que me lo pregunten a mí, que lo siento
abrasal mis venas;
que se lo pregunten
a la mujel ésta.
¡Cállate ya, víbora!
las lágrimas esas
haberlas vertió cuando hacías peazos
la mi dicha, cariño y hacienda.
Que naide barrunti
esto que sabemos tú y yo y la concencia.
Aunque jarda tuita la casa,
que el jumo no salga en jamás a juera.

ANGEL MARINA



Llamas de Capuchina

Por José CANAL

Los flexibles del fluido están ingresando todos en una orden de clausura.

La locomotora fuma su pipa y hecha luego el humo por la nariz.

Cuando pasa el tren en la noche es como si cruzara el fantasma de la ciudad.

Hay unas estilográficas que se niegan tenaces a escribir y luego tienen un estómago tan delicado que, en cuanto las agitas vomitan la tinta sobre el pavimento.

Una flor en el ojal es una condecoración robada al jardín.

Los contadores de la luz son los administradores de la electricidad.

El lapicero de bolsillo es como el oso hormiguero, pero aquél saca su fina lengua para vomitar hormigas en lugar de para devorarlas.

Hay una amenaza femenina que es una invitación disimulada.

Se advertía que estaban casados por que no se cogían del brazo.

Subía el caminito haciéndole mimos de curvas al monte.

Los gusanos de luz son las violetas de la noche.

Africa escribe a Europa todos los años en los sobres enlutados de las cigüeñas.

A los árboles como a los hombres, cuando son pequeños, los meten en un carretón para que aprendan a tenerse en pie.

Las cigüeñas destiñen el blanco de sus plumas en los alrededores de sus nidos.